



[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

*La muda*

© Del texto: 2010, Francisco Montaña

© De la ilustración de cubierta: 2017, Daniel Rabanal

© De las ilustraciones interiores: 2010, Daniel Rabanal

© De esta edición:

2017, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-5403-18-5

Impreso por Editorial Buena Semilla

Primera edición en Loqueleo: mayo de 2017

Quinta reimpresión en Loqueleo: febrero de 2020

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Diseño de cubierta:

Sandra Restrepo

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# La muda

*Francisco Montaña Ibáñez*

Ilustraciones de Daniel Rabanal

loqueleo

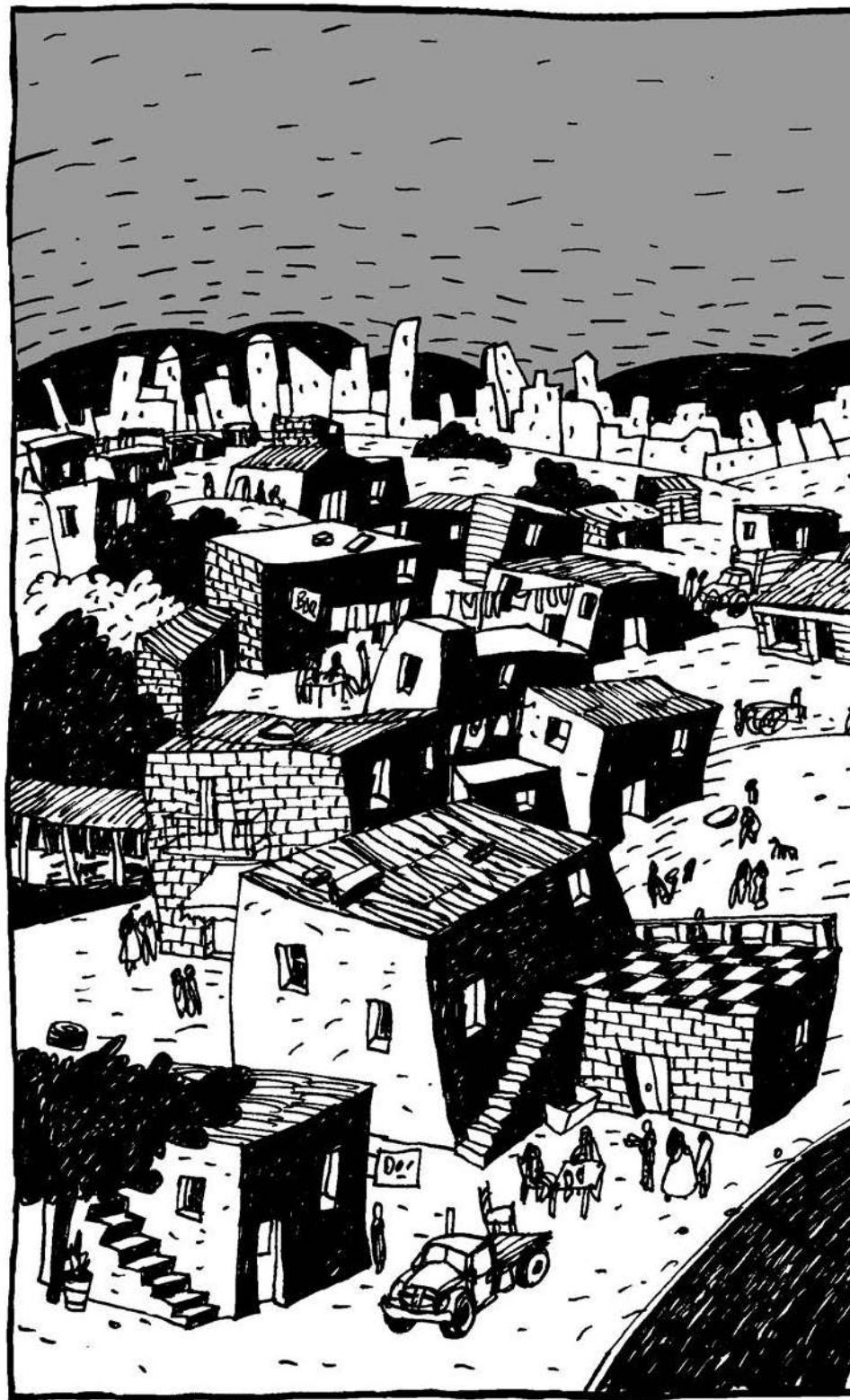
*Para Amparo y Rafael,  
para Ana María, Alejandro y Santiago,  
por la suerte.*

*Al maestro Miyazaki.*



*Es cierto,  
hay que ser avaros con el dolor.*

*La vorágine, José Eustasio Rivera*









Parecía un punto oscuro en medio del verdor que rodeaba el lavadero. Sus movimientos agitados se los tragaba la distancia y se convertían apenas en pequeñas sacudidas acompañadas del golpe de mil barrigas aplastadas contra la piedra de lavar.

Envuelta en el olor un poco rancio del jabón de tierra se quitó el pelo que le caía sobre los ojos. Su antebrazo estaba cubierto con espuma de jabón y hacerlo le irritó los ojos. Se sopló el pelo y trató de quitarse el escozor con los hombros. No lo logró. El hombro estaba muy lejos del ojo. Pero para aliviarse se quedó un buen rato parpadeando y descubriendo esa forma curiosa que se desdibujaba a causa de la irritación y la distancia.

“¿Qué será?”, pensó y parpadeó de nuevo varias veces tratando de aclarar la imagen que la atraía hacia ese potrero. Una lágrima de alivio saltó de uno de sus ojos. Cambió el peso de una pierna a la otra y se dio cuenta de que el ardor casi la abandonaba por completo. Todavía tenía mucho que lavar y le dolían las manos. Parpadeó

nuevamente, sus ojos se aclararon un poco y vio cómo una rama verde salía por entre un montón de fierros.

—¡Apúrele! —oyó que le gritaban desde dentro de la casa. Seguro se dirigían a ella porque no había nadie más.

Dejó sus ojos un momento más sobre la parte superior de ese montón de fierros. Su mirada, acostumbrada a la intensidad de la luz, le permitió descubrir poco a poco las formas que se escondían en él. Descendiendo por la rama vio algo que le pareció ser la ventana de un carro.

14 Después de un tiempo, cuando terminó de lavar toda la ropa, casi no sentía las manos. Las tenía rojas como los ladrillos de las paredes contra las que se recostaba a descansar. Se bajó del cajón que le ayudaba a alcanzar el lavadero y caminó despacio hasta la puerta de la cocina.

Había llenado siete cuerdas con ropa que se sostenía atrapada por los dientes de los ganchos. Miró hacia atrás y solo vio las formas de las prendas colgadas escurriendo agua.

Así había pintado ella las bandadas de pájaros en los dibujos que hacía en el colegio.

Trató de ver más allá, pero la ondulación de la ropa secándose se lo impidió. Tras ella, en el potrero, seguro estaba esa rama que se asomaba por la ventanilla.

Se agachó. Las nalgas tocaron sus talones. Puso la cara entre las manos y miró hacia allá por debajo de las oleadas de ropa.

La luz había bajado, los ojos ya no le ardían. Pero solo veía una parte. La rama y la ventana quedaban escondidas desde ese punto de vista. Alcanzó a distinguir el pasto

que las cubría casi por completo y un destello repentino, como un golpe de espejo, deslumbró sus ojos.

Parpadeó nuevamente queriendo entender de qué se había tratado. Ese montón de fierros que descubrió como una forma hecha casi por completo de pasto continuaba impasible, como si la esperara en el centro de ese potrero.

Se levantó y se asomó a la cocina. Sobre la mesa había un plato con un pan y una taza de chocolate. Lo probó. Estaba aguado y tibio, unas pocas burbujas tornasoladas flotaban contra los bordes pero sentir algo en el estómago la reconfortó. El pan era tan grande como dos manos suyas. Lo supo porque lo midió. Tomó otro sorbo del chocolate y mordió el pan. La corteza brillante era muy lisa. Su lengua la repasó mientras esperaba que la masa se mojara dentro de su boca para masticarla. Mordió otro pedazo y el pan se aplastó en el extremo. Masticó despacio y terminó de aplanarlo con las dos manos.

—¿Terminó? —le gritaron de nuevo.

La cocina estaba en penumbra. Olía a trapo sucio. Habría querido salir de allí lo más pronto posible, pero tenía una duda. Negó con la cabeza y sorbió de nuevo el chocolate. Mordió otro pedazo de pan y lo masticó despacio, tan despacio como pudo. Cuando tragó estuvo segura de que ni siquiera diez panes como ese le quitarían el hambre de todos esos perros que tenía.

Se terminó el chocolate de un solo sorbo. La catara-ta de líquido inesperado abriéndose paso le maltrató la tráquea. Contuvo la tos como pudo y dejó la taza sobre la mesa. Aplanó completamente el pan con las dos manos.

Lo dobló como si fuera una hoja de papel y se lo metió en el bolsillo del delantal.

—¡Devuelva eso! —le gritaron y una mano enorme atrapó el pan doblado en el fondo del bolsillo—. ¡Además de todo salió ladrona! ¡De aquí no se lleva nada! ¿Entendió?

Ella bajó los ojos. La superficie grasosa de la mesa entretenía a una mosca.

—¿Entendió? —le gritó la voz de nuevo—. ¡Y se va ya para su casa! ¡La espero el martes!

16 La niña miró a la que le había quitado el pan con cierto descaro.

—Dígale a la vieja que después le mando la plata —gruñó.

La niña vio la mosca limpiándose las patas. Casi alcanzó a distinguir los múltiples puntitos que formaban los ojos del insecto. Todavía quedaba un pequeño sorbo de chocolate. Estiró la mano para tomar la taza, pero no tuvo tiempo de hacerlo

—¡Y que no la vean por ahí callejeando! —le gritaron y la levantaron en vilo de su asiento.

A empujones la hicieron atravesar la sala y en el portón la enviaron a la calle de un golpe.

Ahí, el sol de la tarde la obligó a detenerse un momento mientras sus pupilas se acostumbraban a la intensidad. Cuando pudo caminar estuvo segura de que no podría desviarse ni un solo instante hacia ese potrero donde estaba la masa que tanto la intrigaba.

Podía sentir la mirada de la mujer clavada sobre su espalda. La seguía como si fuera un bruja invisible que volara

sobre las calles. De pronto lo era. Esta vez tenía que obedecer. Pero cuando su conjuro de nube funcionara, ya verían todos.

~

Cuando no se piensa mucho es más fácil. Las cosas se suceden frente a los ojos y parece innecesario detenerse sobre ellas a explicarlas, como si uno no fuera un humano que mira y se pregunta y busca respuestas a sus preguntas, sino una cosa más que se encuentra entre las cosas.

17

Eso le ocurría casi todos los días, salvo aquellos cuando veía a su mamá.

—Buenas —la saludó ella con el pelo agarrado en una moña y detuvo un instante la mirada en la cabeza opaca de la niña—. ¿Dónde está? —le preguntó directamente. La niña indicó con un gesto el cuarto del fondo.

La mamá se dio la vuelta y le regaló la imagen de su pelo negro y apretado contra la nuca. Caminó hacia esa puerta envuelta en la niebla. Mujer de niebla. Polvo revoloteando, luz escasa en esa casa oscura.

Pensó en una mariposa oscura. En los ojos enormes que simulaba tener en las alas. Así se convertía en un monstruo cuando en realidad no era nada más que un insecto. Insecto delicado. Era un buen truco. A ella no le daban miedo. En cambio a su hermano le producían pánico. Y a la abuela también. La abuela decía que odiaba a los insectos. No sabía qué pensaría su mamá. Solo la veía alejándose de su lado, avanzar con su moña muy despacio hacia

la puerta de esa habitación; cumplía la pesada ceremonia envuelta en la bruma polvorienta de la casa.

La pequeña madre atravesó la puerta, desató un rayo intenso de luz colorada por el atardecer que la encegueció y desapareció de su vista.

Entonces, la niña soltó los puños que había tenido apretados sin darse cuenta y pudo relajar los hombros y desenroscar los dedos de los pies.

18

A su lado, ajeno a todo lo que sucedía, estaba su hermano jugando con un palo que transitaba por el espacio. Nave espacial flotando en el aire sostenido por el brazo. Nave espacial de madera y sudor de mano pequeña.

Suspiró, tomó de nuevo la plancha y se dispuso a continuar arreglando el resto de ropa que esperaba.

—¡Vieja tacaña! —oyó el grito dentro de la habitación.

Sonaron más cosas. Muebles arrastrados. Gemidos, como el que se escapa de su cuerpo cuando se empuja para alcanzar algo que está muy alto. Otro grito. Un insulto. Un chillido.

Miró a su hermano. Ahí estaba. Con el palo detenido en el aire mirando la puerta envuelta en la misma sustancia y volvió a repasar la manga de la camisa hasta que estuvo completamente lisa y brillante.

Le gustaba el olor de la ropa planchada. Le dio la vuelta a la camisa y repasó el cuello.

—¡Pues se los lleva! ¡Lléveselos de mi casa! ¡Son sus hijos! —gritó la vieja rasgándose la garganta, su voz era la esclusa abierta de un torrente que se movilizaba por

debajo de las cosas y surgía al fin en la punta de una montaña aguda y verde; su filo eran esas palabras: “¡Se los lleva!”. Un filo que no terminaba de cortar, pero que se sostenía sobre ellos como una guillotina invisible, como una bruja afilada que solo se deja ver cuando el miedo empieza a retroceder: para que no olvides que aquí están mis uñas, mis cuchillos, mis dientes que van a destrozarte tu carne, no lo olvides.

—¿Y a dónde quiere que me los lleve? ¡Usted al fin y al cabo es la abuela!

—¡Y usted la mamá! —chilló la vieja.

—Pues échelos si es que tanto le estorban —gritó ella y su alarido atravesó el estómago de la niña.

La bruja sonriendo.

No era hambre lo que sentía. Era un vacío distinto. El mismo vacío que sentía cada vez que ella venía, con su pelo agarrado en una moña, cada dos o tres semanas a gritarse con la abuela. Siempre las mismas cosas que la dejaban al borde de una sombra espesa.

Era más fácil no pensar. Hacer de cuenta que era una cosa más que puede mover cosas. Y eso hizo mientras terminaba de planchar y oscurecía por completo.







Un atado de ropa limpia colgaba de su espalda. El otro lo sostenía su pequeño hermano en los brazos. Para poder avanzar con el peso debía sacar la barriga hacia delante y mirar por encima del paquete. Sus brazos no eran tan fuertes. Pero se sentía mejor porque el pequeño la había acompañado a entregar la ropa aunque tuvieran que pararse cada tantos pasos a descansar. Ella le recibía el paquete a su hermano y lo sostenía un momento. Entre tanto, él ponía sus manos al frente con las palmas hacia el cielo. Suspiraba y empezaba a encoger los brazos tocándose los hombros con la punta de los dedos y los volvía a estirar. Una y otra vez, con parsimonia, estiraba y encogía los brazos para descansar los músculos, como si estuviera aprendiendo a realizar algún pase mágico. Hermano aprendiz de ojos grandes.

Habían caminado ya varias cuadras y seguían avanzando cuando la niña decidió preguntárselo.

—¿Se fue? ¿La bruja, se fue? ¡Mira tú!

El niño se detuvo y miró hacia el cielo. Atrás, adelante, a los lados. La miró con los ojos enormes y negó con la cabeza.

La pequeña entendió y en silencio le hizo el gesto de seguir avanzando.

Envueltos en una nube de polvo y miedo llegaron hasta la puerta de la casa. Sintiendo una mirada que salía desde algún lugar en el cielo y les caía sobre la nuca golpearon la puerta de metal y esperaron. El niño trató de mirar al cielo nuevamente, pero su hermana le sostuvo la cabeza como si lo acariciara y se lo impidió. No delatarse.

Si ella no está, no hay problema. Pero si está vigilando, que no sepa que sabemos. El niño debió entender el pensamiento de su hermana porque en lugar de insistir en levantar la cabeza para mirar se puso a estirar y encoger los brazos. Con energía, con decisión, repitiendo el pase mágico.

Un hombre enorme y sudoroso les abrió la puerta. Los miró como si fueran un par de insectos diminutos que se movieran a sus pies y se devolvió al interior ajustando la puerta. El pequeño, cansado de tener la cabeza prisionera, así fuera entre las manos cariñosas de su hermana, se liberó, dejó de estirar y recoger sus brazos, y miró hacia el cielo. Una pequeña nube se deshacía en el aire caliente y dejaba completamente limpio el azul infinito.

Miró a su hermana. La niña también miró hacia el cielo. Solo quedaba una delgada hilacha de la nube. De resto la intensidad del azul. Ninguna bruja. Nadie que los mirara desde allá.

—Yo sabía... —le susurró triunfante—. Las brujas no salen cuando hay tanto sol. Vamos.

El niño repitió su pase mágico en silencio y sonrió.

~

Llevaba a su hermano de la mano. Ya no miraba hacia atrás. No los podían detener por mucho que quisieran las brujas, ni las abuelas, ni los gigantes.

La calle se terminó y pudieron correr por el pasto del potrero. Era el camino más largo para llegar a su destino,

pero era el único por el que podían escabullirse sin ser detenidos.

En la mitad del descampado estaba la ruina de hierros cubierta de pasto con la ventana encima, como una corona; pero ahora, con esta luz, era mucho más claro que sobre ella había una rama emergiendo por la ventanilla. Se acercaron despacio. No era fácil caminar. El pasto estaba muy alto y debían dar grandes zancadas para avanzar.

Cuando llegaron a su lado, estaban fatigados e hicieron silencio.

24

A sus oídos les costó un buen rato aquietar ese mar de roces que se había levantado con su caminata hasta el centro del potrero. Pero cuando ese enorme crujido cesó, empezaron a oír un gorjeo, un ligero rasguído de voz, como si algo agudo se quebrara suavemente. Una y otra vez. Una garganta apretada y diminuta que tratara de liberarse.

—Espera —le ordenó, pero su hermano no quiso soltarse de su mano—. ¡Que ya vengo! —le insistió. Los ojos del menor la miraron suplicantes mientras su cuerpo continuaba pegado a su lado. Ella suspiró—. ¿Tienes hambre? —le preguntó cambiando de estrategia. El niño asintió—. Entonces, ¡espérame acá! —le volvió a ordenar y se zafó de la mano atrapada.

La ventanilla que había visto desde lejos estaba muy alta para alcanzarla desde el suelo. Así es que, bajo la mirada de su hermano, que no parpadeaba, rodeó el montículo. Con un palo que encontró, golpeó el pasto que la separaba del metal para aplanarlo un poco y se acercó.

Confundida entre la maraña de raíces y maleza que la cubría, una estructura de metal la recibió. Mecanismos desconocidos, ejes, poleas, tubos, cables, palancas, latas podridas y en pedazos, recubiertas por el recuerdo de una pintura de color indefinible. Todo barnizado por una gruesa capa de óxido, por un polvo de muchos meses.

Nada significaba nada para ella. No había en esas formas ninguna señal que la condujera a una fortaleza, al palacio de un rey desconocido, a la torre de una doncella deforme custodiada por un enano. Nada entre la nada.

Se estuvo unos minutos mirando esos pedazos, tratando de darles un nombre sin lograrlo.

Un nuevo crujido de cuerpo agudo le indicó el camino.

Decidida a conseguir lo que se proponía, trepó como pudo hasta la parte superior de la estructura. El esfuerzo de levantarse en el aire, con la fuerza de los brazos y apoyarse en el estómago inflado para ascender le hizo dar vueltas a la cabeza. Cerró los ojos un instante esperando que el mareo se le pasara. Cuando estuvo bien, comprobó que su hermano estaba en tierra, mirándola sin pestañear. Le sonrió y se sumergió por la ventanilla apartando la rama que salía de ella.

~

Gris eran el día, su ropa, su nombre, sus sueños. Todo lo que había visto. Lo que recordaba era gris. Nada se movía de esa quietud mansa y monótona.

Hasta ese momento.

Atraparla fue sencillo. Apenas dio dos pasos como si tuviera que cumplir con la obligación de oponer alguna resistencia y cayó en sus brazos. Su cuerpo era en realidad mucho más pequeño de lo que parecía gracias al plumaje rojo que la cubría.

Estaba tibia, como su hermano en las mañanas. Un pequeño cacareo que no sonaba, un gesto apenas, una demostración de su presencia. Le miró la cara. Una cabeza diminuta, dos ojos redondos. Los miró de nuevo. Un pico que se abría. Para respirar tal vez. Pero no. Se abría para hablar en ese lenguaje sin sonidos, en ese idioma de gargantas apretadas. De esos ojos no hubiera podido decir nada. Eran redondos y la miraban. No más. Casi siempre podía decir cosas sobre la gente por sus ojos. No esta vez. Claro, no miraba los ojos de una persona. Miraba los ojos de un animal.

Hundió sus dedos en el plumaje del vientre y sintió el corazón palpitando como un temblor. La miró de nuevo y supo que no tenía miedo.

—Sube —le indicó a su hermano asomándose por la ventanilla. El niño siguió sus pasos y en muy pocos instantes estuvo a su lado, acezante al interior de lo que terminó de entender eran las ruinas de un carro abandonado.

Miró en silencio al animal y le pasó su pequeño dedo por la cabeza.

—No la vamos a matar —le explicó su hermana.

Él la miró sin entender.

—Las gallinas ponen huevos —continuó ella.

Él sonrió y volvió a acariciar al animal.

Un nuevo intento de gorjeo se liberó de la estrecha garganta del pájaro.

—Es muda —aseguró y su hermano la miró sin entender—, es nuestra gallina muda.

Entonces, ella tuvo la certeza de que ese día no era gris como todos los demás; sino rojo, como el plumaje de la pequeña gallina que acababan de encontrar.

~

27

—¡Que se lo lleve! —le rugió la abuela desde la penumbra de su cuarto—. ¡Dejen de andar tratando de mirar todo lo que hago!

Ella tomó el paquete con la ropa limpia bajo un brazo y le extendió la mano libre al pequeño que la miraba sin parpadear desde el suelo.

—Vamos —le dijo suavemente.

El niño se tomó el vientre con las dos manos y gimió.

—Ya sé —le respondió ella y se agachó para decirle al oído—: Vamos, podemos pasar por donde querías.

Los ojos del niño se iluminaron. Se puso de pie olvidando el retortijón de estómago que lo dominaba y le dio la mano.

Caminaron despacio. Hacía sol. De vez en cuando se detenían hasta que se aflojara el mordisco que le devoraba la tripa. Ella le limpiaba con la mano el sudor que le cubría la frente y seguían caminando tratando de buscar la sombra, pero era mediodía y el sol se ensañaba en calentar el mundo. Mejor, ninguna bruja los vigilaría con tanto calor.



Después de detenerse varias veces por fin llegaron.

El niño se soltó de la mano de su hermana y avanzó lo más rápido posible hasta los columpios. Cuando estuvo cerca se detuvo. Su hermana lo alcanzó y una vez a su lado volvió a darle la mano. Miraron en silencio las sillas hechas de neumático colgadas de cuerdas. Nadie estaba en ellas. Seis sillas colgaban quietas en el calor del mediodía.

Un pequeño tirón del brazo la hizo mirarlo.

28

—¿Quieres? —le preguntó ella. Él no respondió. En cambio, se soltó de la mano y dio algunos pasos que lo pusieron al lado de uno de los columpios. Una vez allí, se dio la vuelta y le sonrió.

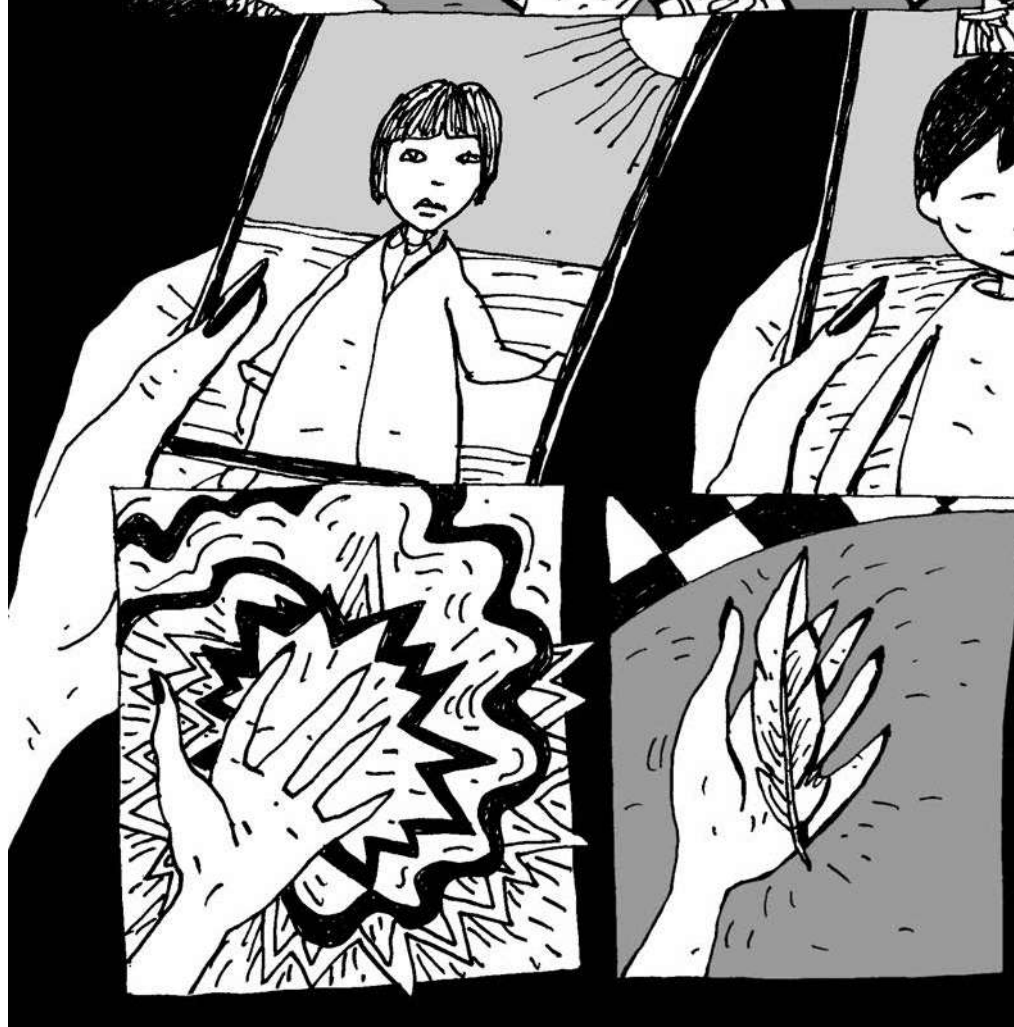
—¡Agárrate duro! —le advirtió ella y lo acomodó en la silla de neumático.

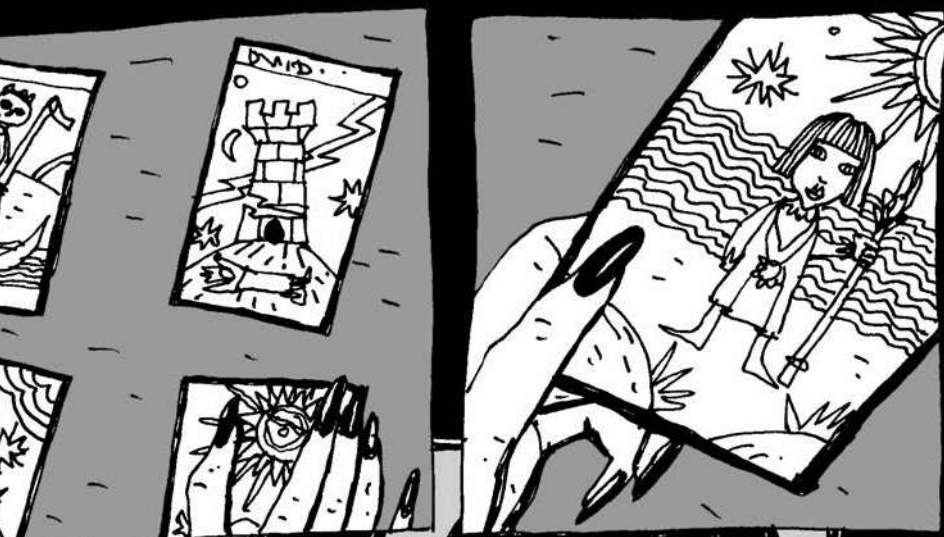
Confirmó que sus manos estuvieran bien agarradas de las cuerdas que lo sostenían y lo jaló hacia atrás con toda su fuerza. El cuerpo del pequeño salió disparado hacia la tierra y después hacia el cielo. Una vez volvió hasta atrás, su hermana lo empujó con toda la fuerza impulsándolo de nuevo hacia el vacío.

Sin parpadear, el niño volaba hacia el cielo, volvía a la tierra, recibía el impulso y volvía al cielo. El azul intenso inundaba sus ojos. Apenas podía respirar por la velocidad del aire que se aplastaba contra su cara. Un ronco gemido de satisfacción salía de sus labios, pero nadie lo oía. El espacio estaba lleno con los gritos de entusiasmo de su hermana que lo felicitaba por haberse atrevido a montar en el columpio.

Mientras seguía empujándolo, le echaba miradas atentas al atado de ropa y se aseguraba de que nadie viniera a interrumpir el vuelo de su hermano.

~





Volvía apretando los billetes entre los dedos de las manos. Debía tratar de no encontrarse con nadie que pudiera quitárselos. Ya una vez dos hombres le habían robado la plata y la habían golpeado. Pero la abuela no le creyó y terminó de golpearla acusándola de ladrona.

No quería otra paliza. Así que cuando volvía con la plata que le daban por el lavado de la ropa escogía las calles más llenas de tiendas y de gente. Ahí se sentía más segura.

32 Tal vez por usar una de las calles más pobladas fue que la encontró allí, recostada contra una pared, fumando un cigarrillo con el pelo suelto. Una melena negra y enorme que la hacía ver muy bonita. Cuando la vio, no supo si debía seguir derecho o detenerse y saludarla o esperar que ella la viera y la saludara.

Decidió seguir caminando como si no la hubiera visto. Pero al pasar al frente, no pudo evitar mirarla, y fue cuando sus ojos se encontraron que se detuvo.

—Hola —dijo la niña.

—¿Qué más? —le respondió la madre lanzando la colilla del cigarrillo lejos—. ¿Qué hace por acá?

—Un mandado de la abuela —respondió la niña apretando los billetes que escondía en el puño de la mano y bajó la mirada sin saber qué más decir.

—Venga la invito a tomar café —le dijo su mamá y le señaló una cafetería en la esquina.

La niña la siguió pensando dónde esconder el dinero. Cuando estaban sentadas en una mesa aún no había logrado decidir dónde metérselo para que sus manos quedaran libres, de manera que las dejó debajo de la mesa.

Las tazas de café con leche llegaron humeantes. La madre le acercó la suya y puso azúcar en las dos. La niña no dejaba de mirarla. La vio revolverlas. Primero una, después la otra.

—¿Se lo va a tomar? —le preguntó con aspereza al comprobar que la pequeña no sacaba las manos de debajo de la mesa.

La niña, que fascinada no había podido dejar de mirar los ríos de pelo negro que rodeaban la cara de su mamá, asintió con la cabeza y sacó una mano para tomar la taza.

El café ya estaba frío y la mujer se había recogido el pelo en la misma moña de siempre. Ya no le parecía tan bonita, ya podía dejar de mirarla.

Dejó la taza después de sorber un poco de café dulce y tibio. Con la mano libre sobre la mesa se puso a jugar agrupando los granos de azúcar que se habían regado, mientras la otra apretaba celosamente los billetes.

En ese silencio sintió la cercanía de su mamá. Su respiración, el olor de su cuerpo y de su pelo. No necesitaba mirarla para saber que estaba allí con ella.

La mujer pasó su mano por la de ella.

Sorprendida, la niña la quitó de un tirón y se quedó mirando la sonrisa descompuesta que se apoderaba de la cara de su mamá.

—Perdón —balbuceó y trató de sonreírle. Tarde. El muro había crecido como la planta de un fríjol encantado, rápido y contundente, alejándolas hacia un castillo de gigantes asesinos de mujeres.

La mujer se soltó de nuevo el pelo y la enmudeció con su belleza. Mujer de niebla.

Se imaginó sus manos de niña en el pelo de niebla. Jirones de nube se desprenden cada vez que la mano pequeña y rugosa pasa por el pelo seco y largo, suelto por fin. Un ruido de hojas. De viento contra las montañas. Un viento que no consigue despejar la niebla.

Estaba a punto de decirle que estaba muy bonita, cuando un hombre grueso se asomó por la puerta de la cafetería.

34

—¡Claudia! Le llegó cliente. A ver si se pone a trabajar.

Algo no había terminado todavía. Se miraron un momento y la niña aprovechó para preguntar:

—¿Por qué le dicen Claudia?

—Claudia le gusta a él —respondió la mujer de niebla refiriéndose al hombre grueso que la había llamado—. Da igual como nos llamemos. Pero Claudia le gusta a él.

Se imaginó otra vez su mano pasando por ese pelo, tocando sus orejas. Alas de mariposa negra con los ojos cerrados. Dejándose acariciar. Extendiendo el cuello para que la cabeza cayera y la mano pequeña alcanzara el cráneo, y lo tocara.

Se quedaron en silencio.

—Claudia se llaman muchas —dijo la niña. Quería acariciar ese pelo. Sentía unas ganas horribles de hacerlo. Se había convertido en una cazadora de reflejos tornasoles en la melena castaña. Cazadora con manos duras, con piel de espina—. Si da igual como se llame, ¿por qué Claudia, por qué no Magdalena?

La mujer se quedó mirando a la pequeña que se atrevía a decirle esas cosas.

La niña imaginó esa cabeza bajo sus manos y se dio cuenta de que hasta los hilos de niebla que se hubieran quedado enredados entre sus dedos se escapaban.

—No me voy a poner Magdalena. ¿Quiere que me muera de hambre o qué? Si así no más la cosa está terrible, imagínese llamarse Magdalena.

—Magdalena es más bonito —se disculpó la niña en voz muy baja.

La mujer se paró, pagó los cafés y antes de salir de la cafetería se detuvo un instante al lado de la mesa, le pasó la mano por la cabeza y le sonrió.

Después, salió.

~





